

Violencia visible e invisible en la vida cotidiana de Mejicanos, San Salvador

Yessenia Alvarez

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
“Alfonso Vélez Pliego”

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
yessenia.alvarez@hotmail.com

Grazzia Grimaldi

Departamento de Antropología, Universidad de
Illinois en Urbana-Champaign.
grazzia.grimaldi@gmail.com

Resumen

El artículo revisita el trabajo etnográfico realizado en el año 2013, sobre violencia cotidiana que experimentan niños y familias del sector informal en contextos pandilleros, en Mejicanos, San Salvador¹. Literatura sobre violencia ha ampliamente analizado las relaciones de visibilidad y de invisibilidad de la violencia, particularmente en relación a las estructuras políticas y económicas. En este artículo, contribuimos a esta producción teórica, proponiendo el concepto de “aparente tranquilidad” para mostrar los múltiples registros de la vida cotidiana en tensión entre la visibilidad e invisibilidad de la violencia. En el caso de Mejicanos, la violencia pandillera estaba oscureciendo las contradicciones a través de las cuales las personas negociaban constantemente sus condiciones de inestabilidad económica, así como el lugar cada vez más

1 El estudio surgió de nuestra tesis de licenciatura en Antropología Sociocultural, “Aprendiendo a vivir en la violencia. Un estudio de caso de la niñez (Mejicanos, 2013)”, Universidad de El Salvador, 2014.

preponderante de las pandillas en sus vidas. Estas tensiones estaban siempre presentes, moldeando las formas en que la violencia en ese momento de la posguerra era interpretada y experimentada como una situación crítica permanente más intensa que la violencia de la guerra civil (1980-1992).

Abstract

This article revisits ethnographic work conducted in 2013. It follows the work of everyday violence of children and families working in the informal economy in gang-controlled territories in Mejicanos, San Salvador. Literature on violence has widely analyzed the visible and invisible dimensions of violence, particularly in relation to political and economic structures. In this article, we contribute to this theoretical production through the notion of “apparent tranquility” to show the multiple registers of everyday life in tension between the visibility and invisibility of violence. In the case of Mejicanos, gang violence was obscuring the contradictions through which people were negotiating their unstable economic conditions of life, as well as the increasingly important place of gangs in their lives. These tensions were always present and shaping the ways in which postwar violence is experienced as more critical than the violence of the war (1980-1992).

Palabras claves

Violencia cotidiana y contradicciones, guerras urbanas, familias y sector informal, violencia visible e invisible.

En este artículo, revisitamos el trabajo etnográfico sobre violencia realizado en el municipio de Mejicanos, San Salvador, en el año 2013. Mientras la atención mediática

giraba alrededor de las pandillas debido a recientes eventos de violencia y nuevas estrategias de seguridad pública, nos propusimos analizar, por el contrario, las formas sutiles de violencia producidas en la vida cotidiana en el municipio. El trabajo de campo se realizó en el contexto de la quema del microbús de la ruta 47 por parte de pandilleros del Barrio 18 en el centro de Mejicanos, en el año 2010, y de la tregua de pandillas en los años 2012 y 2013.

Bajo este contexto, en nuestra investigación, reorientamos la mirada hacia la violencia estructural que mantenía a familias del sector informal de Mejicanos en lógicas de inseguridad económica, pero también las manifestaciones sutiles de incertidumbre que acompañaban sus vidas cotidianas en contextos pandilleriles. A pesar de que nuestro trabajo privilegió estas formas invisibles de violencia, consideramos que no profundizamos en las formas en que las personas negociaban cotidianamente sus condiciones de inestabilidad económica, así como el lugar cada vez más presente de las pandillas en sus vidas. Estas negociaciones tomaban la forma de relaciones contradictorias que mantenían a las personas entre tranquilidad y conflicto, así como entre proximidad y distancia, y entre indiferencia e intimidad por las pandillas. Detrás de una aparente tranquilidad, se escondían estas tensiones de la vida cotidiana que hacían que la violencia de ese momento de la posguerra fuera interpretada y experimentada como una situación crítica permanente más intensa que la violencia de la guerra civil (1980-1992).

Durante once meses, rastreamos cómo operaba la violencia tanto en una modalidad de visibilidad, dominada por las representaciones mediáticas, como en una modalidad de invisibilidad, escondida en las tensiones

de la vida cotidiana. Dentro del municipio de Mejicanos, seguimos particularmente a niños, docentes y familias del comercio informal en su vida diaria y en su tránsito a través de la violencia escolar, doméstica y delincinencial. Nuestra etnografía tuvo lugar principalmente en un centro escolar que denominamos El Refugio. Éste nos sirvió de enlace con las madres de familia, en su mayoría, vendedoras del Mercado municipal de Mejicanos, a quienes también seguimos en sus puestos de ventas por las tardes después de la jornada escolar matutina. De igual forma, esto nos permitió acceder a las colonias y casas de los estudiantes, donde pudimos conocer con mayor profundidad estos espacios de intimidad. El tiempo de trabajo de campo y nuestra inmersión en la vida cotidiana nos permitió entender cómo las acciones de los sujetos en el día a día estaban enmarcadas dentro de un proceso estructural más amplio.

Repensando la violencia desde lo cotidiano

Con el fin de documentar la violencia en sus múltiples registros de visibilidad y de invisibilidad, en este apartado, revisamos las teorías que implícitamente han abordado estas modalidades de violencia. Comenzamos con literatura de violencia que la ha situado en la intersección entre estructuras políticas y económicas y, luego, revisamos la producción antropológica sobre violencia en El Salvador para plantear un análisis desde la cotidianeidad que permita registrar las manifestaciones sutiles de violencia ofuscadas por la atención hacia pandillas. Un campo importante de la literatura sobre violencia que ha pensado en términos de terrenos resbaladizos entre la visibilidad y la invisibilidad, es la producción teórica que sitúa la violencia en la intersección entre estructuras económicas y políticas (Žižek, 2008; Scheper-Hughes y Bourgois, 2004;

Bourdieu, 2004; Farmer, 2002). Estos modelos teóricos han planteado que las estructuras políticas y económicas son frecuentemente oscurecidas por las manifestaciones de violencia física (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004).

En este sentido, Farmer (2002) sugirió que estas fuerzas políticas y económicas, históricamente engranadas, producen una “violencia estructural”, adonde desigualdades sociales y asimetrías de poder se expresan en un sufrimiento social crónico, enfermedades y degradación de condiciones de vida de los más pobres. Por otro lado, Bourdieu (2004) sugirió que las jerarquías de poder y las condiciones de subordinación social son internalizadas a través de un proceso de “violencia simbólica”. Dentro de esta literatura, Žižek (2008) propuso que los análisis de violencia debían reconocer la operación ideológica que lleva al falso reconocimiento de la violencia “real”. De hecho, mientras que los gobiernos, agencias humanitarias y medios de comunicación están promoviendo una movilización liberal frente a la emergencia producida por la violencia delictiva, los análisis deberían enfocarse en la violencia regida por la lógica sistémica y anónima del capital (Žižek, 2008).

Influenciada por estos enfoques, la literatura antropológica sobre El Salvador ha analizado la violencia de la posguerra en la confluencia de estructuras políticas y económicas. Antropólogos han mostrado cómo el neoliberalismo instaurado en la posguerra profundizó las asimetrías de poder que prevalecían antes de la guerra civil (1980-1992) con las oportunidades desiguales ofrecidas por los Acuerdos de Paz (Silber, 2011; Moodie 2010; Binford, 2002). Además, mostraron cómo el neoliberalismo también moldeó los discursos sobre delincuencia que despolitizaron la violencia de la posguerra durante los años noventa. De

hecho, la circulación de narrativas de criminalidad bajo marcos individuales volvió las condiciones estructurales de la criminalidad en objetos de desconocimiento (Moodie 2010).

En esta misma línea, Silber (2011) analizó cómo los modelos neoliberales en el ámbito del desarrollo, en comunidades de repoblación del norte de Chalatenango, han moldeado dinámicas de género. De hecho, las mujeres fueron responsabilizadas por los fracasos de la posguerra al decidir desvincularse del desarrollo de sus comunidades para atender las necesidades económicas de sus familias después de la guerra. A finales de los años 2000, etnografías han propuesto seguir abordando la violencia desde una relación dialéctica entre visibilidad e invisibilidad, argumentando que la violencia pandilleril ha oscurecido la violencia política producida por el Estado y las élites políticas y económicas del país (Montoya, 2018).

De hecho, desde el año 2003, el Estado salvadoreño no sólo ha endurecido las políticas de seguridad pública², sino que también ha producido violencia a través de una economía política capitalista, vinculada al desarrollo de la industria de la seguridad privada. Este proceso fue facilitado por las políticas neoliberales de posguerra que

2 Desde el año 2003, el Estado ha impulsado un eje represivo dentro del ámbito de sus políticas de seguridad pública, a través del refuerzo de la Policía Nacional Civil y la militarización de la seguridad pública. La tregua de pandillas promovida por el gobierno de izquierda FMLN, en los años 2012 y 2013, representó una estrategia alternativa contemplando el diálogo. En los últimos gobiernos del partido de derecha ARENA (2003-2009), esto se dio a través de las políticas de Mano Dura en el año 2003 y Súper Mano Dura en el año 2004. Posteriormente, en los gobiernos del partido FMLN (2009-2019), se dio a través de una reforma legal y judicial para la criminalización pandilleril en el año 2010 y a través de un plan de medidas extraordinarias para centros penales en el año 2015. Actualmente, en el gobierno del partido GANA (2019-2024), se está ejecutando a través del Plan de Control Territorial.

han contribuido al colapso de límites entre las esferas de lo lícito y lo ilícito, permitiendo a ciertos grupos beneficiarse de la ilegibilidad de la violencia. Montoya (2018) sugirió que pandillas y estos actores están produciendo en conjunto una “economía de violencia”, beneficiándose del problema de inseguridad pública a través de extorsiones pandilleriles y la industria de seguridad privada. Además, argumenta que el carácter político de la violencia también se ha empezado a documentar con las conexiones entre partidos políticos y pandillas, las prácticas de narcotráfico entre políticos, y en la corrupción de la policía. A través de una “política de (in) visibilidad”, política y criminalidad se han entremezclado en la posguerra salvadoreña.

En este artículo, tomamos estos hallazgos como premisas para entender la violencia en El Salvador. Sin embargo, debemos hacer énfasis en que, durante nuestro trabajo etnográfico en el año 2013, la violencia no era necesariamente entendida como producto del Estado o las élites políticas y económicas en las interpretaciones que recogimos, sino que se vinculada más con tensiones pandilleriles. Revisar nuestro trabajo etnográfico nos permitió visibilizar cómo otros tipos de violencia se manifestaban en el día a día en Mejicanos. Por esta razón, fue necesario recurrir al campo de la literatura antropológica que se ha enfocado en la violencia cotidiana. Esta ha sido definida como las formas de violencia implícitas, legítimas y rutinarias inherentes a formaciones sociales, económicas y políticas (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). También ha sido analizada como “violencia normalizada”, por no ser fácilmente reconocible en la familiaridad de la vida cotidiana y, sin embargo, se ha normalizado en las “prácticas institucionales, discursos, valores culturales, ideologías, interacciones diarias y burocracias rutinarias que vuelven

invisible la violencia y la producción social de indiferencia” (Bourgois, 2009, p. 19). Esto se verá más claramente en el caso específico de la medicación de niños en el centro escolar, adonde realizamos nuestro trabajo etnográfico en Mejicanos.

La normalización de la violencia cotidiana constituye la base de la “violencia en tiempos de paz” en diversos espacios de normatividad social, como escuelas públicas, hospitales y clínicas de emergencia, asilos, cortes judiciales, oficinas de registro público, centros de detención y morgues públicas (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004, p. 19). En Latinoamérica, análisis de la violencia cotidiana no se han separado de las estructuras políticas y económicas, buscando analizar las “conciencias contradictorias” de sujetos cotidianos en mundos capitalizados y enajenados (Binford y Churchill, 2012, p. 13).

Inspiradas en estas formulaciones teóricas, entendimos la violencia de Mejicanos no sólo como el producto de violencia pandilleril, sino también como resultado de sedimentaciones históricas de desigualdades que han degradado las condiciones materiales de familias cuyas actividades económicas estaban marcadas por la inestabilidad y la inseguridad propia del comercio informal. En este artículo, buscamos contribuir a la literatura sobre violencia en El Salvador, desde una mirada hacia la cotidianidad que nos permite entender cómo las personas navegan entre tensiones económicas y tensiones producidas por la cercanía y lejanía con pandillas. A través de nuestro trabajo etnográfico, proponemos que la vida cotidiana se encuentra atravesada por lo que denominamos: “aparente normalidad” o “aparente tranquilidad”. Consideramos que es “aparente”, ya que las personas desarrollaban sus

actividades como si no existieran preocupaciones, pero, en el día a día, observamos cómo escondían constantes miedos e incertidumbres. En Mejicanos, las personas estaban insertas en múltiples contradicciones, por ejemplo, entre anhelos de vidas materialmente estables y precariedades permanentes, y entre indiferencia y cuidado, en las familias y las escuelas, para mermar la posibilidad de que los niños se volvieran pandilleros. Esta aparente normalidad no tendría sentido si no es a partir del contexto de violencia económica y pandilleril en el que se desarrollaban.

“Aquí en Mejicanos está caliente”. Mejicanos entre guerras urbanas

Repetidas veces durante nuestro trabajo de campo en Mejicanos la gente murmuraba: “Aquí en Mejicanos está caliente”, haciendo alusión a la violencia pandilleril que frecuentemente circulaba por la esfera pública y mediática, así como entre los registros de delincuencia de la Policía Nacional Civil (PNC). Sin embargo, siguiendo a Žižek (2008), esto sólo nos distrae de formas más sutiles de coerción vinculadas a lógica sistémica del capital. En ese sentido, planteamos que la expresión: “Aquí en Mejicanos está caliente” puede también reflejar la violencia estructural que ha marginalizado a la población del municipio, situándolos en una “guerra urbana” (Scheper-Hughes y Bourgois, 1992) constante por la satisfacción de necesidades básicas. Es decir, las personas viven en una lógica de precariedad e inseguridad económica, condiciones materiales deplorables y en contacto con las pandillas que dominan la zona en la que viven.

La atmósfera cotidiana en el centro de Mejicanos estaba sobresaturada de negocios formales, promocionando sus ventas a través de sus megáfonos y música a todo volumen,

así como de ventas informales que corrían constantemente el riesgo de desalojos por parte de la Alcaldía municipal. En medio de un flujo fuerte de carros y transporte público, estas ventas informales estaban instaladas en las aceras y también en las calles apropiadas por vendedores en estructuras improvisadas de madera y láminas oxidadas por la lluvia y el sol. Durante nuestro trabajo etnográfico, caminábamos entre los sonidos del centro, entre las pláticas y los gritos de las vendedoras, entre los regateos de la gente, así como entre olores a pescado y fruta podrida que no faltaban en el ambiente mientras íbamos hacia la escuela. En el año 2013, el paisaje urbano de Mejicanos comenzaba a militarizarse fuera de algunos centros escolares debido a alianzas con la Policía Nacional para reducir el riesgo social por violencia.

Durante los años 2010 y 2011, Mejicanos fue ubicado por el Ministerio de Justicia y Seguridad Pública entre los diez municipios con más altas tasas de homicidios en el país. Nuestro trabajo etnográfico en el año 2013 transcurrió tres años después de la quema de un microbús de la ruta 47 en el centro de Mejicanos, por parte del Barrio 18. Producto de una escalada de violencia entre las pandillas de la Mara Salvatrucha-13 y clicas del Barrio 18, la quema dejó once personas calcinadas y trece lesionadas. Este episodio no sólo situó a Mejicanos en la esfera pública salvadoreña por la violencia pandilleril, catalogando la quema del microbús como un “acto de terrorismo” por el ex ministro de Seguridad Pública, Manuel Melgar, y el ex director de Policía Nacional Civil, Carlos Ascencio³, sino que produjo múltiples secuelas a diferentes escalas. Por un lado, impulsó, por parte del gobierno del FMLN, un cambio legislativo y judicial de

3 Artículo del Diario de Hoy, consultado en septiembre de 2013 http://www.elsalvador.com/mwedh/nota/nota_completa.asp?idCat=6358&idArt=4901016

criminalización hacia las pandillas que resonó fuertemente con las políticas represivas promovidas por los gobiernos de ARENA a través del Plan Mano Dura (2003) y Plan Súper Mano Dura (2004-2009) en la década de los años 2000. De hecho, se buscó reformar el Código Penal, particularmente el Artículo 345, con relación a las asociaciones ilícitas; y se buscó impulsar un proyecto legislativo de criminalización pandilleril, a través de la Ley de Proscripción de Maras, Pandillas, Agrupaciones, Asociaciones y Organizaciones de Naturaleza Criminal (Fuentes, 2015).

El evento de la quema del microbús también expuso, a través de la colisión de flujos de significación o cadenas semióticas, las lógicas de arrebato pandilleril, el ascenso de las pandillas como nuevas figuras terroristas y como nuevos actores en la arena política, los fantasmas de la guerra, y la posibilidad de consolidar la tregua de pandillas de los años 2012 y 2013 (Moodie y Martínez D'Aubuisson, 2015). Esta tregua fue promovida por el Estado salvadoreño, particularmente por el entonces ex Ministro de Seguridad Pública, David Munguía Payés, y por el excombatiente, Raúl Mijango. Buscó reducir las tasas de homicidio, a cambio del traslado de reos pandilleros de cárceles de máxima seguridad a cárceles de menor seguridad. A escala local, esta estrategia se tradujo en el establecimiento de “municipios libres de violencia” o “municipios santuarios”. La tregua nunca llegó realmente al municipio de Mejicanos, pero las negociaciones para convertirlo en un “Municipio santuario” fueron fuertemente promovidas por la figura controversial del Padre Antonio Rodríguez, mejor conocido como “Padre Toño”. Desde el Servicio Social Pasionista, quien desde la parroquia San Francisco de Asís, dirigía un programa de rehabilitación y reinserción de pandillas.

Durante nuestro trabajo etnográfico, la tregua movilizó, a través de la memoria de la quema del microbús, los vínculos de profunda complicidad entre el Estado y las pandillas. En el acto conmemorativo de la quema del microbús en junio de 2013, el padre Toño no sólo promovió metodologías de pacificación al margen de la ley, haciendo alusión al proceso de pacificación de la tregua, sino que también condenó la complicidad del Estado, de los medios de comunicación y discursos cotidianos en la promoción de una cultura de la violencia y el castigo, de políticas fallidas, y de la perversión de los actores pandilleros.

Nuestra etnografía se situó en estas arenas políticas de tensión y complicidad. Sin embargo, también se produjo en contextos de sedimentación histórica de desigualdades sociales. Las familias de Mejicanos con quienes realizamos nuestro trabajo de campo se desempeñaban en el sector del comercio informal, excluido del proceso de modernización económica de los años sesenta y setenta (Ponce, 2012) y como parte del neoliberalismo económico de finales de la guerra y posguerra. El modelo neoliberal se estableció durante el conflicto armado como resultado de intervención norteamericana, este modelo económico fue profundizado por el primer gobierno del presidente del partido de ARENA (1989-1994) y los subsiguientes gobiernos de posguerra. Estas políticas neoliberales contemplaron la desregulación de intereses y la eliminación del control de precios, así como el recorte del gasto social agudizaron las desigualdades sociales y económicas precarizando las vidas de los socialmente más pobres. En este sentido, estudios de la transición a la democracia sostuvieron que la posguerra mantuvo las estructuras desiguales de poder de la guerra (Binford, 2010; Moodie, 2001; Silber, 2011).

A pesar de haber encontrado estrategias de subsistencia económica tales como ventas compartidas y/o ambulantes, y la diversificación de productos, y a pesar del aparente movimiento de ventas en los mercados, las familias permanecían en incertidumbre económica con ingresos que rondaban los 6.00 USD diarios. Frecuentemente, escuchábamos: “Hay días en que se vende, hay días en que no se vende, hay días en que nos vamos, así como nos venimos”. Entre comerciantes informales de los mercados, la incertidumbre se sobrellevaba calladamente y casi invisiblemente. Se volvía evidente cada vez que las ventas se calmaban y el mercado se vaciaba, cada vez que perdían la mercadería del día y había menos ingresos, y cada vez que había una urgencia por suplir las necesidades insatisfechas de sus hijos y de sus familias.

Entre vendedoras informales de las calles de Mejicanos, se repetía la situación. El desalojo del sector improvisado de ventas informales “La Galera” en febrero de 2013 evidenció y profundizó esta incertidumbre. En “La Galera”, vendedores informales se habían instalado en la década de los años ochenta en el centro del flujo urbano de Mejicanos. Con láminas y madera vieja, se instalaron en puestos improvisados en ambientes hacinados y calurosos. Más recientemente, estaban sometidos a dinámicas pandilleriles de cobros semanales de renta. Muchas fueron reubicadas al mercado municipal, pero la mayoría se vio obligada a salir a las calles a vender de forma ambulante. Caminaban bajo la lluvia y el sol durante varias horas al día, se enfrentaban a conflictos con personas y otros vendedores, así como al control de pandillas en las colonias donde vendían. Si bien la Alcaldía proporcionó espacios de ventas y “seguridad” frente a las pandillas al organizar las ventas dentro del mercado, no contempló el impacto que

el traslado podría tener en la economía de las familias. Así las familias están en constante lucha, “una lucha que [los pobres] terminan perdiendo cada vez más” (Farmer, 2003).

Estas luchas permanentes por la subsistencia, la incertidumbre económica y la preocupación por la delincuencia pandilleril son intrínsecas a la vida doméstica. Para las familias no es algo nuevo estar inmersas en estas formas de vida. Como pudimos ver a partir de historias de vida, por generaciones las mujeres se han encargado de las responsabilidades familiares en condiciones de vulnerabilidad, abandonos familiares, maternidad a temprana edad, violencia marital, alcoholismo de las parejas e irresponsabilidad. Han utilizado la violencia como estrategia de castigo para la protección de los niños, y así alejarlos de las “malas compañías”, las drogas y las pandillas. Con el trabajo diario en las ventas informales han vivido en medio de la degradación de sus condiciones materiales de vida, provocando un sufrimiento social crónico (Farmer, 2003).

Emilia quien tenía dos hijos de 12 y 9 años, vendía antojitos por las tardes, frescos al medio día y ayudaba en el negocio a su madre con la venta de desayunos y almuerzos. En una ocasión nos platicó sobre un trámite que había estado realizando en el Fondo de Vivienda Popular (FONAVIPO), para obtener un crédito de trescientos dólares para arreglar la casa donde vivía, el cual le fue negado, obteniendo solo cien dólares de préstamo:

La trabajadora social que vino aquí me puso que yo no ganaba eso, que no ganaba a 10.00 USD diarios. ¿Qué le importaba a ella? Lo importante es que iba a pagar la casa pues. Si pagaba 55.00 USD, ¿cómo no iba a pagar los 12.00 USD? (Notas de campo. 29 de mayo de 2013).

Emilia solía vivir con sus hijos en una colonia del centro de Mejicanos hasta la quema del microbús, pues esto sucedió cerca de su casa. Su hija nos comentaba, por ejemplo, cómo se sentía el olor a quemado y el humo el día de la quema. Además, sus recuerdos de esa colonia estaban plagados de escenas cotidianas de violencia delincuencial. Debido a esto, Emilia decidió abandonar su casa e irse a otro lugar, pero sus ingresos sólo le permitieron costear el alquiler en una colonia dominada por la Mara Salvatrucha 13. Durante nuestra estancia en campo, Emilia nos decía que debido a que no obtuvo el préstamo para una nueva casa, vivía con un techo de láminas en una habitación y, por esto, mantenía sus cosas guardadas para que no se mojaran con la lluvia, se arruinaran con el sol y resguardándolas de las pandillas:

Y viera cómo vivimos en la casa. [...] Mire la casa está pelada, si la mitad tenemos tapada con lámina, sólo un cuarto grande. Lo demás está así, lo dejamos así. Lo chistoso es que, por atrás, los bichos [pandilleros] sólo se agarran y se suben al muro, bien pueden pasar así. Mire a veces cuando me quedo lavando, porque a veces me acuesto como a las 12 am lavando, ahí oigo la gran bulla de que andan para arriba y para abajo (Entrevista grabada a Emilia. 29 de mayo de 2013).

Para cuando íbamos terminando el trabajo de campo, la casa en la que Emilia vivía fue vendida y tuvo que desalojarla, por lo que se mudó a la casa de su madre. Esta movilidad residencial en condiciones precarias y contextos delictivos es algo recurrente entre las familias que se dedican a las ventas en el sector informal en Mejicanos. Se ven desfavorecidas ante las instancias gubernamentales al no cumplir con requisitos económicos. Esto es un ejemplo claro de la violencia estructural, un reflejo de asimetrías

de poder y acceso a recursos de forma desigual que se traducen en una degradación, cada vez más acentuada, de las condiciones materiales de vida.

“Porque sabe uno el ambiente en el que está”. Entre cuidados e indiferencias en el centro escolar

Dentro de nuestro trabajo etnográfico, seguimos la vida cotidiana de niños a través de la violencia escolar que, cada vez más, se encontraba entrelazada con la violencia de pandillas (Savenije y Beltrán, 2007). En este apartado, analizamos las formas en que las burocracias escolares y niños negociaban las tensiones pandilleriles en contradicción entre hostilidad y protección, entre indiferencia y profundo interés, entre proximidad y distancia. En medio del tumultuoso ir y venir en el centro de Mejicanos, caminábamos presurosas al centro escolar donde realizamos nuestro trabajo de campo, en espera de encontrar un poco de calma. Pero, ahí el ambiente tampoco se tornaba tranquilo. Durante las horas de clase, se escuchaba el ruido de la calle, los megáfonos y las ofertas de las ventas. Esto se combinaba con los gritos de las maestras y los alumnos, los golpes de reglas en la pizarra y, algunas veces, llantos. Los recesos eran los momentos de mayor movimiento, los niños más pequeños subían y bajaban gradas, se empujaban entre sí, bromeaban y reían, compraban y comían, lloraban; mientras los más grandes, platicaban entre sí mientras comían y observaban alrededor. Algunos adolescentes no jugaban ni corrían por los pasillos, tampoco bromeaban, se mostraban serios. Algunas maestras nos aseguraban que esto se debía a relaciones cercanas con las pandillas, pues se mostraban como “niños hombres” sin jugar ni correr como los demás.

En medio de atmósferas escolares dominadas por riñas pandilleriles y la producción de actividades ilegales, documentamos represiones hacia las pandillas que el gobierno había implementado. Por ejemplo, el Ministerio de Educación, había generado alianzas con la Policía Nacional Civil para reducir la violencia dentro de los espacios escolares. Esto incluyó la militarización de las escuelas con mayor “riesgo social”, refiriéndose a las cercanías con pandillas por la zona territorial en que se situaban la escuela. Estas medidas también contemplaron la implementación de visitas regulares en los centros escolares para mayor control de los estudiantes en los ingresos y salidas. También documentamos los mecanismos de hostilidad de las burocracias escolares en filtros clandestinos para restringir el ingreso de jóvenes pandilleros a los centros escolares.

Por último, analizamos las prácticas de medicación de estudiantes con trastorno de déficit de atención que eran promovidas. De hecho, la hiperactividad de niños y adolescentes era frecuentemente utilizada para enmascarar las manifestaciones de violencia escolar y, en ese sentido, era promovida en el contexto de violencia pandilleril para evitar que jóvenes con comportamiento rebelde terminaran en la delincuencia. Las narrativas de docentes sobre las prácticas de medicación iban siempre acompañadas de referencias a la muerte. Por ejemplo, relataban sobre alumnos que no se medicaron y fueron abandonados a la vida callejera, terminando en “muertes seguras”, “amaneciendo muertos a los días” o “encontrados en las morgues de Medicina Legal y luego enterrados”. Los fármacos operaban como “tecnologías morales” (Biehl, 2005), pero también establecían un vínculo de complicidad con las burocracias escolares a través del establecimiento implícito de un “sentido común que autorizaba la vida de

unos, mientras desaprobaba la vida de otros” (Biehl, 2005, p. 8), en este caso, la vida de estudiantes frente a la vida de posibles pandilleros.

Sin embargo, en el ambiente desgastante del centro escolar con clases sobrecargadas, atmósferas ruidosas y sobrecargas de trabajo para los docentes, el tratamiento farmacológico también parecía tomar la forma de mecanismos de control que, aunque eran agresivos y mal administrados, mantenían a los estudiantes tranquilos. Los niños que se sometían al proceso de medicación efectivamente presentaban mejoras en términos de concentración. Sin embargo, durante nuestro trabajo etnográfico, era más común el uso irregular del medicamento por la falta de recursos económicos de las familias. Esto, frecuentemente, provocaba alteraciones químicas muy marcadas en el cuerpo, generando cambios conductuales y corporales muy bruscos y extremos, donde estudiantes, por ejemplo, saltaban de estados efusivos excesivos a alarmantes aletargamientos.

En la mayoría de los casos, las familias no querían, no comprendían o tenían miedo de intervenir en el cuerpo de sus hijos con medicamentos que podían generar dependencias farmacológicas. Pero frente a las amenazas de que sus hijos fueran expulsados del centro escolar, terminaban sometiéndolos a procesos de medicación. En la mayoría de los casos, padres y madres de familia no tenían opción y se veían obligados a someter a sus hijos a procesos farmacológicos. Puesto que la mayoría de los niños estaban inscritos en los centros escolares más próximos a los lugares de trabajo de sus padres y madres, inscribirlos en otras escuelas representaba un gasto adicional, así como una mayor inseguridad en medio de un contexto de dominio

pandilleril. En ese sentido, planteamos que la medicación refuerza la violencia de la pobreza y la vulnerabilidad de los niños en estos contextos.

A pesar de que logramos documentar estas prácticas institucionales de hostilidad y violencia, el tema de la violencia pandilleril se llevaba en realidad con mucha cautela, y estas prácticas eran más bien discretas. A lo largo de nuestro trabajo etnográfico en la escuela, docentes manifestaban frecuentemente en entrevistas y conversaciones informales que los tiempos habían cambiado. Detrás de cada estudiante, había un tejido de relaciones al cual había que saber aproximarse con tacto porque podría potencialmente estar vinculado a pandillas. Debido a esto, docentes expresaban que era mejor distanciarse, evitar conflictos, involucrarse lo menos posible fuera de los salones y desinteresarse por sus vidas personales porque “uno nunca sabe” con quién realmente se estaba relacionando.

Muchos de los docentes llevaban años laborando en la escuela, se encontraban cansados en atmósferas de trabajo psicológicamente desgastantes y desmotivados salarialmente. Probablemente, se desinteresaban debido a estas insatisfacciones personales y se alejaban por amenazas pandilleriles. Mientras intentaban guardar distancias “porque sabe uno el ambiente en el que está”, también comentaban sobre sus estudiantes, mostrando que estaban al tanto de sus situaciones personales. Mientras las interacciones en el centro escolar buscaban ser más distantes y hostiles, el ambiente escolar era un espacio de indiferencia, pero también de protección.

“Porque uno nunca sabe”. Intimidad y contradicciones de la violencia cotidiana

Era mediodía y, al escuchar disparos repentinos, Emilia salió corriendo, lívida, a la entrada del mercado municipal en donde comenzaba a acumularse la multitud de gente entre murmuro y cuchicheos nerviosos sobre el reciente asesinato. Después del frenesí provocado alrededor del cuerpo, Emilia, quien todavía estaba impactada, nos confesó que salió corriendo “porque uno nunca sabe” y, quizás hoy, encontraba ahí el cadáver de su hermano, quien tenía la costumbre de llegar al mercado a la hora del almuerzo. En medio de contextos pandilleriles, la vida cotidiana transcurría en aparente tranquilidad, y, sin embargo, las palabras de Emilia llegaban repentinamente a trastocar esta cotidianeidad, dejando entrever la incertidumbre que, en realidad, siempre había estado ahí en estado latente. En este apartado, mostramos las múltiples contradicciones y tensiones cotidianas entre la familiaridad y distancia de la violencia, entre la tranquilidad y el conflicto latente, y entre el orden y el desorden en contextos pandilleriles.

Cuando realizamos nuestro trabajo de campo, los homicidios en Mejicanos habían alcanzado altas tasas y la violencia de pandillas se había extendido al interior de las colonias y calles, convirtiéndose en objeto de atención pública en medios de comunicación masivos, como la prensa y la televisión. A pesar de que los ambientes en Mejicanos estaban cargados de tensión, siempre nos sorprendió la aparente inmutabilidad de la rutina cotidiana de las personas. Durante nuestro trabajo etnográfico, los noticieros nocturnos transmitían los robos y homicidios que se producían por riñas pandilleriles en los alrededores de los espacios que transitábamos. Sin embargo, en las

mañanas, las vendedoras acomodaban sus ventas desde tempranas horas de la madrugada y las personas en las calles se apresuraban a tomar el bus, como si nada hubiera ocurrido el día anterior.

El movimiento cotidiano parecía seguir fluyendo, y de repente, también, pequeñas anécdotas en contextos pandilleriles se filtraban discretamente en la cotidianidad, rompiendo con la aparente normalidad. Emilia, por ejemplo, llegaba contando del “tropel de mareros” que se subían al microbús el día anterior, de lo asustaba que había estado y lo aliviada que se sentía por que sus hijos no estaban con ella en ese momento. La vida cotidiana parecía estar atrapada en este ir y venir entre extraña y paradójica tranquilidad y tensión. A pesar de que la violencia circulaba con una extraña ligereza por los diversos medios de comunicación, ésta en realidad no se discutía tan abiertamente en la vida cotidiana.

Las conversaciones explícitas sobre violencia pandilleril aparecían muy rara vez y sólo furtivamente. Sin embargo, cuando —atrapadas por la seducción de la violencia delictiva (Žižek, 2008), sugeríamos y rastreábamos narrativas de violencia pandilleril—, salían a la superficie una y mil anécdotas personales y ajenas, dejando entrever la presencia de la violencia pandilleril en la vida cotidiana, pero también la necesidad de silencio que provocaba. Cualquiera podría afirmar que la violencia pandilleril se había filtrado a tal nivel en los rincones de la vida cotidiana que se había vuelto imperceptible y tal vez insignificante y que, probablemente por ello, se encontraba ausente en las conversaciones. Sin embargo, nos tomó tiempo descubrir que las narrativas sobre sucesos de violencia pandilleril circulaban, pero sólo explícitamente cuando había espacios controlados y de confianza con extrema cautela. La mayoría

de las veces, estas narrativas circulaban en la cotidianidad, pero bajo la forma de rumores y secretos públicos; y, en el caso de los niños, entre una extraña ligereza y conmoción.

Por ejemplo, en una ocasión mientras realizábamos nuestro trabajo etnográfico en el centro escolar, los niños salieron, alborotados, corriendo hacia nosotras en los pasillos al escuchar la campana del recreo. René, uno de ellos, sostenía en sus manos unas hojas de periódico dobladas que había llevado a la escuela con la noticia del doble asesinato que había ocurrido el viernes anterior en junio de 2013. Presuntos pandilleros del Barrio 18 habían sido asesinados, en los alrededores de una llantería ubicada en el centro de Mejicanos. Sin esperar mucho, René comenzó rápidamente y, casi alborotadamente, a contarnos la versión que había escuchado sobre el asesinato en su casa la noche anterior. Otra de las niñas presentes, conocida por tener hermanos integrados a las pandillas, compartió también, casi exaltada, los pedazos de historia que ella conocía.

Tal pareciera que estaban en competencia, mostrando quién sabía más, quién daba el mejor detalle y el mejor dato escondido. Según los niños, en la noche del viernes anterior, dos jóvenes habían sido asesinados desde un vehículo en la llantería ubicada a la entrada de Mejicanos. Uno de ellos habría sido asesinado de un balazo, y el segundo, quien trabajaba en la Alcaldía municipal habría sido asesinado a trece balazos. Mientras los niños nos contaban a gritos el incidente, el primo de René se acercó a nosotras, y con sus ojos verdes penetrantes y rostro serio, llegó a arrebatarnos el periódico, como si no tuviese que estárnoslo mostrando. Como sin haber reconocido esta tensión, René exclamó: “¡Era amigo de él! —señalando a su primo—. ¡El que mataron era amigo de él!”. “¡Yo los conocía

también! —exclamó la niña, con una extraña sonrisa—, ¡eran vecinos míos en la colonia y dicen que el cañonazo venía de la colonia Gansos!”. Durante nuestro trabajo etnográfico, esta colonia era conocida por ser un corredor de tránsito a través del cual, pandilleros huían de la Policía Nacional Civil, refugiándose en sus profundidades.

Este evento, en apariencia insignificante, nos causó revuelo porque, precisamente días atrás, René, nos había contado de lo traumático que había sido presenciar la muerte de una amiga de la colonia en el año 2010. Recordaba con precisión cómo pandilleros habían llegado a la puerta de su casa, cómo le habían disparado, desprendiendo un “chorro de sangre” que comenzó a correr, y cómo habían salido corriendo con la hermana de su amiga. Después del evento del doble asesinato, nos preguntábamos cómo podía René contarnos con tanto dolor la muerte de su amiga y a la vez, contarnos con tanta ligereza el episodio del doble asesinato de la llantería.

Nos preguntábamos si realmente dimensionaba de igual forma la magnitud del asesinato, y no lográbamos entender cómo la violencia podía provocar tanta conmoción y dolor, y a la vez, conversarse tan tranquilamente. Tal vez era sólo una forma para no experimentar miedo ni dolor. Siempre es más fácil hablar de la muerte de alguien más y de algún desconocido que de alguien cercano. Tal vez el distanciarse y relatar los episodios de otros juguetonamente era su forma de escapar al dolor de la violencia de pandillas. Observamos que la vida cotidiana de las personas en el centro de Mejicanos transcurría en una aparente “normalidad”, conjugadas entre las contradicciones que encierra la violencia, pues es algo que: parece normal, pero sólo es aparente. Los encuentros con la violencia delictiva

sacaban a las personas de sus rutinas, pero rápidamente regresaban a su cotidianidad. Los recuerdos de ciertos eventos los estremecían, pero a la vez la reproducción de la vida diaria no les permitía enfocarse en otras inquietudes.

La vida en las colonias de donde provenían los niños y sus familias era igual de contradictoria que en el centro de Mejicanos. El dominio de las pandillas de la Mara Salvatrucha 13 y el Barrio 18 producían constantes tiroteos, persecuciones y enfrentamientos entre la Policía Nacional Civil, la Fuerza Armada y las pandillas. Estas son algunas de las manifestaciones visibles de la violencia en las colonias. Menos visible era el miedo y terror que llevaban a las personas a vivir en estado de alerta permanente. Una madre nos comentaba que nunca dejaba ir y regresar a solas a sus hijos de la escuela, siempre había alguien para llevarlos y recogerlos. Luego de jugar por las tardes, antes de que oscureciera, les decía que entraran debido a la “situación” pues estar “enrejaditos desde temprano” era mejor.

Estas pequeñas acciones podrían parecer insignificantes, pero al entenderlas bajo el contexto de violencia se pueden percibir como resultado del sentimiento constante de inseguridad y temor. Frente a estos contextos de violencia en las colonias de Mejicanos, muchas personas decidían cambiar de residencia en busca de un lugar menos conflictivo adonde se expusieran menos a la violencia de pandillas. Pero debido a sus condiciones socioeconómicas, llegaban a colonias similares y, algunas veces, cuando llegaban a un territorio dominado por una pandilla contraria, se volvían más expuestos a la violencia. Las colonias seguras se volvían un privilegio de acceso para sujetos de otra clase social que podían costear ese nivel de protección. Las desigualdades sociales mantenían

a las personas en un círculo sin salida de pobreza e incertidumbre.

Consideramos que esta preocupación constante y el sentimiento de inseguridad y zozobra que no se percibía a primera vista, pero que se hacía evidente con cada evento delictivo que llegaba a irrumpir la aparente “normalidad”, constituye una clave para entender la complejidad de la violencia cotidiana. Como lo propone el antropólogo Michael Taussig (1992), es necesario reexaminar la violencia con una distancia adecuada. Esto nos forzó a hacer una relectura de los silencios y narrativas de violencia recogidas en contextos de confianza, así como las actitudes cotidianas con las que personas enfrentaban la violencia, y así, descubrir una dimensión invisible de la violencia delictiva que era menos palpable y más sutil. De hecho, las pandillas tenían tal control sobre la zona que se habían producido modos de vigilancia entre las personas en las comunidades. Durante nuestras visitas a la casa de una familia en la colonia Gansos, observábamos cómo estaban constantemente vigilando lo que pasaba fuera de su casa. Siempre nos sentaban de espaldas al portón y, mientras conversábamos, dirigían sus miradas hacia la calle para ver quién pasaba, qué hacía la gente fuera, manteniéndose alerta de cualquier situación, como una forma normal, silenciosa y cotidiana de sobrellevar la violencia.

Durante nuestras pláticas, podíamos percibir la familiaridad que existía con las pandillas y la violencia delictiva en las comunidades. Familias nos contaban cómo habían visto crecer a varios niños que fueron progresivamente integrándose a las pandillas y, en el caso de los niños, cómo la violencia pandilleril se entrecruzaba con relaciones de intimidad. Por ejemplo, un niño del

centro escolar nos contó sobre un amigo pandillero que llevaba tres días desaparecido y sobre cómo, finalmente, lo habían encontrado con su tío mutilado en un “zacatal” en su colonia. El niño estaba consciente de las afiliaciones pandilleriles de su amigo, pero nos contaba que eran muy cercanos, que compartían videojuegos y que se preocupaban mutuamente por el otro.

Además de los relatos, las observaciones también nos mostraron cómo la violencia se había vuelto parte de la cotidianidad de los niños. Al jugar el famoso “Ladrón y policía”, los niños no eran simples ladrones ni policías regulares, sino pandilleros y soldados. Cuando interpretaban a los pandilleros, reproducían una mirada y una actitud desafiante cuando soldados los perseguían. Luego de documentar el juego durante varias semanas, les preguntamos cómo se jugaba y porque cambiaban de actitud según el personaje que desempeñaban en el juego y nos respondieron: “Es que así se tiene que hacer, uno tiene que sacar el pecho, no hay que esconder la cara, como que uno está orgulloso de eso”. Otros decían que no les avergonzaba estar en la cárcel. Uno nos decía: “A mí no me da pena que me agarren, de todas formas, se paga y salgo”. Al conocer más sobre la vida de ese niño, descubrimos que estaba muy al tanto de esas situaciones legales porque su tío pandillero había sido condenado a prisión, pero había sido liberado rápidamente cuando se pagó una fianza de 3000 USD. En otros casos, los niños utilizaban sus vínculos familiares y comunitarios con pandillas para amedrentar a los demás compañeros con actitudes de superioridad sobre otros por esa cercanía.

El sentimiento particular de incertidumbre que había despertado la violencia pandilleril había llevado a

la población a percibir que la violencia delictiva actual se había agudizado. No pudimos trazar el comportamiento de la delincuencia antes del año 2009 por el registro disponible en la PNC, pero las personas con quienes realizamos nuestro trabajo de campo coincidían en que la violencia actual no era como “antes” refiriéndose al tiempo de la guerra. A pesar de que las historias del terror estatal y las guerrillas durante el conflicto armado (1980-1992) aún estaban grabadas en las generaciones de madres, padres y abuelos, la violencia contemporánea parecía, a su criterio, haberse agudizado con las riñas pandilleriles con expresiones de violencia más crudas y sádicas que durante la guerra. Argumentamos que la violencia pandilleril ya no se inscribía en el marco de una situación excepcional, sino que se había vuelto una situación crítica permanente y, por esto, se estaba percibiendo de forma más alarmante.

Muchos de los habitantes de Mejicanos con quienes conversamos, durante nuestro trabajo etnográfico, recordaban que la guerra no se percibía tanto en el ambiente si no había un vínculo directo con las guerrillas del FMLN o con la Fuerza Armada. Las memorias del miedo, las bombas, los tiroteos, la cautela cotidiana para evitar ser catalogados como “orejas” o infiltrados seguían presentes. Recordaban, por ejemplo, el “vergo de muertos que había por un río ahí, ¡puya! ¡Viera qué tremendo! ¡Y como está chiquito uno...! El vergo de tirados, el vergo de balazos...”. (Entrevista grabada 2013). Sin embargo, esto no siempre surgían a la superficie con frecuencia. Cuando en el año 2013, la Fuerza Armada había recientemente comenzado a apoyar las labores de seguridad ciudadana de la Policía Nacional Civil, el fantasma de la violencia estatal, producida por la Fuerza Armada durante el conflicto armado, regresó también a perseguir el día a día en contextos pandilleriles.

La vendedora Emilia, con quien realizamos nuestro trabajo etnográfico, nos decía frecuentemente que, en su colonia, pandilleros temían mucho más de la presencia de soldados que de policías:

Los bichos les tienen más miedo a los soldados que a los policías. Cuando vienen los soldados les digo: “Corran hijos de puta porque si no les van a reventar la madre”. Una vez agarraron a uno que le dicen “El Jum”. Había estado preso por dos muertos. Ah, pues mire, en la colonia en el pasaje, el soldado así lo traía [señala el suelo] arrastrado. Así lo traía con la pata: “Va pues hijo de puta, da vuelta” le decía. La loca me hice yo (Entrevista grabada. 2013).

Cuando realizamos nuestro trabajo etnográfico, los espectros de la violencia del pasado circulaban a través de los soldados de la Fuerza Armada; pero también la violencia de pandillas producía sus propios espectros. Cuando las narrativas sobre los regímenes pandilleriles fueron emergiendo en contextos de mayor confianza, éstas describían la incertidumbre, la imposibilidad de escapar a la violencia, la rapidez y precisión de los disparos que se lanzaban sin vacilar, el nivel de las torturas y mutilaciones corporales, y la ligereza con la cual se producían desapariciones forzadas. Durante el conflicto armado, las narrativas mostraban cómo había bandos en oposición que eran claros y distintos, y cómo, sin embargo, se podía navegar arenas en conflicto si se mantenían actitudes discretas y cautelosas. Sin embargo, la violencia pandilleril parecía más ambigua, incierta y amenazante. En ese contexto, la memoria de la quema del microbús servía frecuentemente como parámetro para mediar los niveles de incertidumbre que se vivían bajo regímenes pandilleriles, adonde mantenerse alejado de cualquier tipo de vínculo

pandilleril no constituía ninguna garantía para mantenerse con vida. Una madre afirmaba:

Antes si una no andaba en malos pasos, no tenía nada que temer. Pero un ejemplo bien real, es que ya lo que la otra semana va a tener tres años de la quema de bus. Gente que venía de diferentes destinos, era gente trabajadora, humilde que se tomó al azar, se fue el microbús y ya (Entrevista grabada 2013).

Las personas no sólo describían las formas en que veían sus posibilidades acorraladas por la naturaleza incierta de la violencia. También describían cómo ésta estaba tomando formas más deshumanas que durante el conflicto armado. Una madre enfermera, con quien trabajamos durante nuestra investigación, nos decía frecuentemente que no comprendía la naturaleza de la violencia pandilleril porque, durante la guerra, los heridos tendían a curarse a pesar de que muchas veces los cuerpos eran amputados. Pero, ahora, bajo regímenes pandilleriles, los heridos morían rápido, sin alcanzar a llegar al hospital porque los balazos “les pegan de un solo a la cabeza y al corazón”. Tal parecía que no había tiempo que perder, se mataba sin vacilar, disparando directamente a la cabeza y al corazón, porque sólo así se podía asegurar la muerte.

Las historias de crímenes que de repente circulaban durante las tardes calurosas del mercado relataban, en la forma de rumores y secretos, las maneras en que vecinos y conocidos eran extorsionados por las pandillas, desaparecidos y enterrados sin escrúpulo al lado de sus casas. También, detallaban con precisión, y casi en morbo, las formas en que los cuerpos eran mutilados, estrangulados, desechos en “pedazos”, “partidos en

picadillo”, “degrafilados”. Torturados, los cuerpos se dejaban con vida frente a seres queridos y familiares para que éstos presenciaran su muerte. Estas historias provocaban indignación entre los vendedores por los niveles de indiferencia, ligereza, despreocupación y crudeza con la que se ejecutaba violencia sobre los cuerpos.

Quisiéramos destacar en particular el relato de una lugareña que nos reveló mucho sobre la naturaleza de la violencia pandilleril. Ella nos decía que en Mejicanos siempre se habían escuchado rumores de violencia que se producía “bajo de agua”. Durante el conflicto armado, la violencia era ejecutada por “subversivos”, y hoy, por “pandilleros”. Estas palabras abrían un sitio en los imaginarios, adonde la violencia de la guerra y la violencia pandilleril coincidían y sólo se diferenciaban por sus perpetradores. Sin embargo, después de aseverar que ambas manifestaciones constituían sólo expresiones de la misma violencia clandestina, comenzó a distinguir las:

Antes, se liquidaba en silencio, pero hoy cualquier chuchuco va a hacer sus necesidades y encuentra un cuerpo enterrado de cuatro o cinco días en la superficie (Entrevista grabada 2013).

En un primer momento, estas palabras parecían insertar la violencia en el marco del resto de narrativas crudas de violencia pandilleril que recogimos durante nuestro trabajo etnográfico. Mostraban la continuidad de “liquidaciones”, pero situaban la violencia pandilleril en una escala de mayor intensidad. Leíamos esas palabras como si mostraran cómo la muerte seguía repitiéndose, pero cómo la vida ya no importaba tanto bajo regímenes pandilleriles. Las desapariciones forzadas seguían ejecutándose, pero los cuerpos se enterraban justo en la superficie, como si matar ya

no importara, como si no hubiera preocupación por esconder los cuerpos, como queriendo salir rápidamente del paso. Durante la guerra, también se mataba, pero considerábamos que la frase revelaba, por el contrario, cómo a pesar de que las vidas eran aniquiladas durante la guerra, importaban porque se buscaba liquidarlas en silencio.

Sin embargo, al releer el discurso, descubrimos en las referencias al silencio pistas para entender las formas en que el silencio, o más precisamente el silenciamiento, también constituía un lenguaje de violencia, particularmente un lenguaje del terror frecuentemente utilizado en guerras políticas (Taussig, 1992; 2003). Taussig escribió: “La guerra sucia es una guerra de silenciamiento. Oficialmente no hay guerra alguna. No hay prisioneros. No hay tortura. No hay desapariciones. Sólo el silencio que consume en gran parte el lenguaje del terror, intimidando a todos para que no se comente nada que pueda ser interpretado como una crítica a las Fuerzas Armadas” (Taussig, 1992, p. 26). La violencia cometida durante la guerra no era a los ojos de los perpetradores tan “ilegítima” como pensábamos, a pesar de que la cometían. Al contrario, también escondía un lenguaje profundo de terror.

En el marco de estas reflexiones alrededor de la naturaleza de la violencia de guerra y de la violencia pandilleril, empezaron a surgir distintas preguntas. Mientras que las personas percibían la violencia pandilleril como más intensa, cruda y sádica que la violencia de guerra, nos preguntábamos ¿por qué no percibían la violencia de la guerra como igual de alarmante que hoy? La violencia de la guerra estaba aún presente en la memoria en las narrativas de recuerdos de bombas, tiroteos, muertes, incertidumbre y miedo aún grabado en las personas. ¿Por

qué la gente reconocía la violencia de guerra y, al mismo tiempo, la silenciaban, pasando desapercibida entre la mayoría de la población sin alarmarla? La violencia de la guerra y la violencia pandilleril estaban inscritas en contextos distintos, pero ¿qué hacía realmente diferente una violencia de la otra?

Después de reflexionar sobre estas contradicciones, concluimos que el discurso sobre la agudización de la violencia contemporánea nos había ofuscado de percibir las contradicciones que estaban alojadas en los discursos y prácticas de violencia. La violencia contemporánea provocaba tal vez igual conmoción que la violencia de guerra, pero esta última era percibida como un evento, una situación excepcional y extraordinaria, que pudo haber sido dura pero finalmente excepcional. Por otro lado, lo que tal vez llevaba a las personas a percibir que la violencia se había agudizado es el hecho de que ya no se inscribía en el marco de un evento y de una guerra, sino que se había vuelto una situación crítica permanente.

Reflexiones Finales

En este artículo, abordar la violencia cotidiana a partir de la noción de “aparente normalidad” y “aparente tranquilidad” nos pareció un aporte importante a los trabajos que se han desarrollado sobre violencia en El Salvador. La cotidianeidad nos puede permitir brindar una mirada crítica a los registros de visibilidad producidos por el tropo de la violencia pandilleril. Un análisis de la vida cotidiana puede permitirnos, por el contrario, descubrir los registros invisibles de la violencia en diferentes espacios de la vida diaria. Nos muestra cómo las estructuras políticas y económicas se manifiestan en el día a día, particularmente

cómo se negocian las tensiones económicas y también las tensiones pandilleriles que cada vez más operan en una dinámica de proximidad y distancia. Entender cómo las estructuras económicas y política está presente en la vida cotidiana de los sujetos permite problematizar los límites entre violencia visible y violencia visible.

Por un lado, un análisis de la vida cotidiana nos permitió descubrir las tensiones bajo las cuales las personas buscaban manejar el lugar cada vez más importante de las pandillas en sus vidas. Estas tensiones se experimentaban sutilmente en las formas de comunicar la violencia, en las convivencias íntimas con pandillas en las comunidades, en las tensiones al criar a niños en contextos de pandillas y en los manejos de episodios de violencia delictiva. Por ejemplo, las personas mantenían silencio frente a acontecimientos cercanos de violencia, reservando estas conversaciones para espacios de confianza con personas cercanas. La experiencia de vivir entre pandillas, viendo a niños crecer e involucrarse en actividades delictivas que incluían asesinatos, al mismo tiempo que las madres eran amigas y vecinas desde hace años, constituía una cercanía y extrañez con las pandillas. En estos contextos, las familias lidiaban con la incertidumbre de que sus hijos se volvieran pandilleros a fuerza de golpes y castigos severo. En el caso de las escuelas, lo hacían a través de vigilancias policiales, hostilidades pandilleriles y prácticas de medicación que operaban como tecnologías morales, así como a través de prácticas de interés por los estudiantes. También lidiaban con asesinatos y desapariciones de familiares queridos en una aparente tranquilidad, hasta que una balacera quebraba esta apariencia y hacía aflorar un estado de alerta permanente.

Por otro lado, una mirada hacia la vida cotidiana también nos permitió entrever las formas en que las personas buscaban lidiar con la precariedad de sus condiciones materiales de vida y la reproducción de la vida inmediata. Entre ventas escasas, pagos de impuestos a la alcaldía, extorsiones por parte de pandillas y desalojos municipales, las familias del comercio informal vivían en un estado de aparente normalidad. Parecían haberse acostumbrado a vivir en esas condiciones, pero en realidad, en muchas conversaciones íntimas, compartían lo difícil que era suplir las necesidades de sus familias, mientras también las burocracias estatales actuaban en desfavor por sus condiciones de trabajo informal. La vida cotidiana operaba entre la búsqueda de estabilidad económica y la inestabilidad económica, en guerras urbanas.

Bibliografía

Bielh, Joao. (2005). *Life in a zone of social abandonment*. California: University of California Press.

Binford, Leigh. (2002). "Violence in El Salvador: A rejoinder to Philippe Bourgois's. The power of violence in war and peace". *Ethnography*, 2, Vol. 3, pp. 201-219.

Bourgois, Philippe. (2001). "The power of violence in war and peace: Lessons from Cold War polarities". *Ethnography*, 1, Vol. 2, pp. 5-34.

Bourgois, Philippe. (2009). "Recognizing invisible violence. A thirty-year ethnographic retrospective". *Global Health in Times of Violence*. Barbara Rylko-Bauer, Linda Whiteford y Paul Farmer, (eds.) Santa Fe: School for Advanced Research Press,

Churchill, Nancy. María de Lourdes Flores Morales. Macarena Flores Villeda. (2012) *La conciencia contradictoria de la vida cotidiana*. Puebla. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades "Alfonso Véles Pliego" Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Fuentes, Elsa. (2015). "Legislación antipandillas y planes mano dura". *Violencia en tiempos de paz. Conflictividad y criminalización en El Salvador*. ed. Óscar Meléndez y Adrian Bergmann. San Salvador: Secretaría de Cultura de la Presidencia,

Martínez, Ellen Moodie. (2015). "En las llamas de la paz: la quema de un microbús y los significados de la violencia". *Violencia en tiempos de paz. Conflictividad y criminalización en El Salvador*. Óscar Meléndez y Adrian Bergmann (ed.). San Salvador: Secretaría de Cultura de la Presidencia.

Montoya, Ainhoa. (2018). “La reedición del conflicto. La política electoral en El Salvador de la posguerra”. *Revista de Estudios Centroamericanos*, 752, Vol. 73, pp. 45–63.

Scheper-Hughes, Bourgois. (1992). *Violence in war and peace. An anthology*. Blackwell: Malden.

Taussig, Michael. (2004). *The nervous system*. New York: Routhledge.

Taussig, Michael. (2003). *Law in a Lawless Land: Diary of a Limpieza in Colombia*. Chicago: University of Chicago Press.

Zizek, Slavoj. (2008). *Violence*. New York: Picador.